mas de la razón, pues sostiene que dependen de una realidad social cambiante. "Pero, bien entendido que esta determinabilidad social de los contenidos y las formas de la razón no entraña, sin embargo, ningún relativismo histórico. Dentro de la condicionalidad histórico-social de estos contenidos y formas, el carácter progresivo de cualquier situación o tendencia de desarrollo es siempre algo objetivo, independiente en su acción de la conciencia humana". Establecido este principio, discernir entre los diversos pensadores es cosa fácil, casi automática: "La objetividad del progreso basta, evidentemente, para estigmatizar certeramente como reaccionario un determinado fenómeno, una determinada tendencia..." (pág. 5).

Como dijimos, la versión española de Wenceslao Roces es excelente, como suelen serlo las de este magnífico traductor. El libro está escrito con soltura. La lectura se ve facilitada por la forma anecdótica en que el autor expone las doctrinas irracionalistas, habiéndose considerado excusado —en atención quizás a su misma irracionalidad— de la fatigosa tarea de repensarlas, de reconstruir con rigor su estructura conceptual, a menudo tortuosa. El lector avanza sin dificultades y al final no tiene la impresión de haber leído un libro tan grande como le anunciaba la nota que figura en la cubierta. No ha de sorprendernos que Herbert Marcuse, en su libro reciente sobre el marxismo soviético, junto con elogiar la clásica obra de Lukács, *Historia y conciencia de clase,* cite al libro que comentamos como "un ejemplo del deterioro de la crítica marxista".[5]

ROBERTO TORRETTI,
Universidad de Puerto Rico.

HERBERT MARCUSE, *Soviet Marxism. A Critical Analysis,* Nueva York: Columbia University Press. 271 págs. $4.50.

Desde sus comienzos el marxismo ha negado ser una filosofía entre otras. Aunque se apoya en su origen sobre la última gran metafísica del pensamiento occidental, ha pretendido saltar fuera de esta tradición y representar algo radicalmente nuevo en el terreno de la reflexión humana. Lo nuevo consistiría en que ésta ya no es una "mera" teoría éste no es "solo" pensamiento sino que son teoría y pensamiento que forman realidad, o como dice Marx, prácticos. Una reflexión cuyos fines no son el conocimiento y la interpretación de la realidad

[5] Herbert Marcuse, *Soviet marxism. A critical analysis.* (Columbia University Press, Nueva York, 1958), pág. 128, nota 15.

sino la acción política o formación deliberada de la sociedad humana desde un plan concebido con anterioridad para este efecto. Así como en tiempos de la filosofía el hombre hacía zapatos y barcos, en tiempos de este hijo suyo rebelde, el marxismo, el hombre hará el universal tejido de las relaciones sociales. La explotación del hombre por el hombre será sustituida por la creación del hombre por el hombre.

Herbert Marcuse, al exponer el punto de vista y el propósito de su libro *Soviet Marxism,* dice con razón que toda crítica que trate al marxismo ruso como filosofía fallará en su propósito, pues el criterio de verdad de esta teoría no es el tradicional sino uno nuevo y acorde con su pretensión de trascender la historia del pensamiento. El marxismo se probaría verdadero en la práctica, esto es, en su capacidad de instrumento de planificación y realización de una sociedad socialista. Esta prueba, que no es de las de laboratorio ni de las de gabinete, sino de aquellas que, como la vivisección, requieren de la carne de la vida para efectuarse, encontró en cierta hora un voluntario para llevarla a cabo: Rusia. El rasgo sobresaliente del libro de Marcuse es su intento de entender al marxismo soviético aplicándole sus propias normas de validez, o sea, medir la teoría con hechos de la política rusa e interpretar estos hechos a partir del esquema teórico que guía sus pasos. Este enfoque permite llevar a cabo una crítica inmanente del marxismo soviético y evita que ella caiga en la necesidad de despachar a todo el sistema ideológico ruso como mera propaganda o aparato de mistificación y dominio. Por eso el libro se refiere fundamentalmente al marxismo soviético, ya que es en relación con él y no con el marxismo en general que se puede intentar un juicio acerca de la interacción de teoría y práctica.

Marcuse recorre las grandes etapas de la práctica política rusa desde la revolución hasta el 58 y señala las correspondencias entre ellas y los ajustes que la ideología ha hecho a través de esos mismos años. Los desplazamientos teóricos, que han engendrado tanto recelo en Occidente y llegado a descorazonar a más de un simpatizante del régimen soviético, se revelan a lo largo de este análisis como otras tantas adaptaciones a la cambiante realidad rusa, por un lado y a la situación internacional, por otro. Esta última conexión, la del marxismo soviético operando en medio de un mundo dividido en dos campos hostiles y las consecuencias que de la situación derivan tanto para Rusia como para Occidente, está brillantemente desarrollada por Marcuse. La creación del concepto de "coexistencia pacífica", por ejemplo, tan ajeno a las ideas de Marx y sus sucesores inmediatos, que veían al socialismo como la etapa histórica que sucedería al capitalismo maduro, aparece como la respuesta soviética a uno de los aspectos de la situación internacional.

Después del triunfo de la revolución rusa se esperaba el surgimiento de revoluciones proletarias en los países de industrialización avanzada. Los sucesos burlaron esa expectativa. El programa político de Lenin estuvo ya dirigido a asegurarle a su país la situación internacional que le permitiera desarrollarse económica y socialmente en medio de un mundo antagónico. Stalin sigue sus pasos. La actualísima "coexistencia pacífica" sería la continuación del programa leninista y a la vez la aceptación del carácter adquirido por las relaciones entre el proletariado de los países capitalistas y el sistema económico-social imperante en ellos. La política de la "coexistencia pacífica" conllevaría la renuncia provisoria a la expectativa de que el marxismo sea impuesto en el extranjero por medio de levantamientos internos en los diversos países. A lo largo de este desarrollo la teoría soviética habría llegado a aceptar que el marxismo "coexista" con el capitalismo en vez de ser su sucesor necesario en el tiempo, como Marx creyó y anunció.

Así, a través de análisis dedicados a diversos aspectos del pensamiento ruso, Marcuse hace patente que esta ideología es coherente y racional. Las contradicciones que contiene y que han sido repetidamente señaladas por críticos extranjeros y nacionales tendrían su fuente en varios aspectos de la situación histórica concreta en la cual se ha desarrollado la organización de la sociedad soviética. Fue impuesta en un país no industrializado que ha tenido que recorrer en el transcurso de unas pocas décadas la evolución que los países europeos realizaron en varios siglos. La historia acelerada en materia económico-social sólo ha sido posible mediante la imposición desde arriba de una historia acelerada en materia de actitudes ético-sociales. Los tramos de este recorrido son pasos a la vez de la organización externa de la sociedad y de la vida espiritual de sus miembros. Feudalismo, capitalismo estatal y sociedad industrial moderna no sólo son formas apenas separadas por años en la historia rusa reciente sino que "contemporáneas" en diversos sectores de la vida nacional[1]. Pero, como muestra Marcuse, no se puede considerar a estos virajes y contorsiones de la ideología y la práctica soviéticas como productos de la incongruencia o falta de sistema sino, más bien, como consecuencias de una racionalidad puesta al servicio de un proyecto que es necesario llevar a cabo en una situación cambiante.

Todo el programa del marxismo soviético tiende a la realización de un fin que pertenece al futuro: el establecimiento del comunismo en Rusia y a largo plazo, en el mundo. En nombre del referido futuro los dirigentes del país han montado el más eficaz de los aparatos autoritarios que conoce la política moderna, que en este terreno, precisamente, no carece de ejemplares dignos de comparación. Esta organiza-

ción se ha efectuado invocando ciertas supuestas leyes necesarias del desarrollo histórico que garantizarían que cada una de las medidas del régimen sea un paso hacia la meta proyectada. El libro de Marcuse muestra que, si bien no sabemos de la existencia de leyes que impidan que la Unión Soviética llegue a convertirse en una sociedad comunista, tampoco conocemos a las que lo aseguren. De la reflexión sobre las circunstancias imperantes en Rusia se deduce que sería necesario introducir profundos cambios en la organización exterior del país y en la actitud y disposición espiritual característica de sus ciudadanos para hablar de un acercamiento al comunismo. La hipertrofia del Estado, la pasividad política de los productores de la riqueza social, la irracionalidad en la distribución del producto del trabajo, la existencia de una burocracia especializada y privilegiada, las relaciones interhumanas fundadas sobre la competencia, etc., etc., no son síntomas de que la política que se autodenomina el camino hacia el comunismo esté muy próxima de desembocar en su meta.

Una de las lecciones interesantes del libro de Marcuse consiste en la reiterada comparación que este autor hace entre los EE. UU. y Rusia. Como las dos grandes naciones que en este momento representan la civilización industrial moderna sus puntos de contacto y similitud son numerosos. ¿Asegura esto un futuro común a ambos países? De acuerdo con la creencia marxista en leyes necesarias de la historia, sí. El primer ministro ruso le dijo al Presidente americano que sus nietos vivirían en un Estado socialista. Claro que sin explicar si su intención era dejar que operasen las leyes de la necesidad histórica o si abrigaba la esperanza de ayudarles un poco, también en el extranjero. El autor del libro que comentamos, apoyándose sobre la racionalidad que descubre en la ideología y práctica soviéticas cree poder adelantar ciertos rasgos generales del desarrollo de este país, aunque sin aventurarse en el escabroso campo del porvenir lejano o en el delicadísimo tema del futuro de los EE. UU. En el año y medio transcurrido desde la publicación del libro los hechos no hacen sino confirmar las tendencias que su autor señala.

En muchos sentidos diferentes el libro de Marcuse es de primer orden y más de un lector, acaso, terminará su lectura bajo la impresión de que si los EE. UU. fuesen un poco más parecidos a la Unión Soviética podrían hacerlo llegar con provecho, en calidad de lectura obligatoria, a ciertos sectores de la opinión pública norteamericana.

CARLA CORDUA DE TORRETTI.
Universidad de Puerto Rico.